



## LA MANO IZQUIERDA

NOVELA ORIGINAL

### I

**L**OS sucesos que nos proponemos referir, acontecieron, no hace muchos años, en la hermosa y rica residencia de una familia distinguida, á pocas horas de París, en el departamento de *Seine et Oise*. M. y Mad. de Beaufort no tenían hijos, pero en su *Chateau* de Villepaix había siempre mucha gente, tanto por las ideas filantrópicas del marido, que era muy dado á proteger parientes, como por los gustos sociables de la mujer, la cual, recibiendo durante su permanencia de los inviernos en París muchas invitaciones, y haciendo honor á todas, organizaba, en buena correspondencia, una serie de fiestas en su residencia veraniega, donde nunca faltaban sobrinas jóvenes que ayudaban á recibir los invitados, ó amigas íntimas, que hacían en la casa una instalación formal, más ó menos larga. En el momento de comenzar nuestro relato, que era el de inaugurar las cacerías, sólo tres personas acompañaban en el *Chateau* á los dueños de la casa: Rosa de Beaufort y Cecilia Provins, sobrinas del señor, y Julio de Chauvigny, hermano de la propietaria.

Eran las nueve en punto de la mañana cuando llegaron del paseo matinal Rosa y su tío, y antes de que el reloj de la torre diese la última campanada, un criado se llevaba del diestro los dos hermosos caballos cubiertos de espuma, y los metía en la cuadra próxima á la plataforma donde desmontaba la amazona, mientras ésta y su compañero cruzaban silenciosamente la esplanada que los separaba de la escalinata del *Chateau*, y tomaban silenciosamente también, el camino de sus respectivas habitaciones.

—¿Cómo está mi pobre amigo?—dijo Rosa al entrar en la suya, dirigiéndose á un perro de gran tamaño acostado en un cojín; pero el animal, que parecía enfermo, y había levantado ansiosamente la cabeza al sentir que la puerta se abría, lejos de recibir bien la mano que con suavidad venía á posarse sobre ella en forma de caricia, con rapidez é inesperado empuje trató de apoderarse de aquélla mano; y aunque el instintivo movimiento de retirada fué muy rápido, todavía los dientes hicieron alguna presa en la muñeca, que quedó ensangrentada.

—¡Siempre el mismo mal genio, Athos!—dijo la agraviada sin demostrar enojo en el ademán, ni miedo en la voz.—No pareces perro, ¡pareces hombre!—y quitándose los guantes y el sombrero, fué á sacar de un armario, en un cuarto oscuro contiguo, cierta botella con un medicamento, del cual vertió razonable cantidad en una escudilla, y que el perro bebió con ansia. Luego pensó en su herida, y como no pudiese ella sola atender á su curación, llamó á su doncella, que al ver la sangre se mostró asustada.

—Voy á llamar á la señora ó á Mlle. Serval—dijo la chica azorada.

—Guárdate de decir una palabra á nadie, Virginia: aquí no es cuestión sino de lavar esto con agua fresca, y poner después cualquier bálsamo, ó sencillamente glicerina: despáchate.

Así lo hizo ¡la muchacha, y luego hubo de ayudar á su señorita en el cambio de traje de montar, por otro corto.

—¿Ha venido alguien?

—No señora, pero toda la casa está en conmoción. M. Julio ha salido muy temprano á caballo á encargos de la señora.

Mlle. Serval no para un minuto. Sin duda esperan hoy mucha gente.

—Escucha, Virginia: al salir de aquí olvídate de que existo; si preguntan por mí, dí que no estoy en casa, exceptuando al señor ó á la señora, bien entendido.

—Está bien, señorita.

—Cuando venga M. Gerôme, el veterinario, le haces entrar aquí á él sólo, ¿entiendes?

—Pierda cuidado la señorita.

Y Rosa, cerrando con cerrojo la puerta por donde había salido Virginia, se quedó sola en su departamento.

Componíase éste de una pieza espaciosa con ventana al Parque, y de otro cuarto formando ángulo, que correspondía á una de las torrecillas del edificio, y al cual se pasaba desde la primera pieza bajando un escalón.

Tenía este cuartito, bajo de techo, de pequeñas dimensiones y como desprendido de la crujía de la casa, singular aspecto de retiro y aislamiento. La ventana, con igual orientación que la del cuarto vecino, era más saliente y dominaba con entera independencia el extenso Parque. Víanse añosos y corpulentos árboles aislados en las praderas; calles de tilos frondosos y de esbeltos arces. Diferentes estanques, formados unos por líneas rectas, otros rompiendo por entre el césped en suaves y desiguales curvas. Animaban el paisaje pintorescos pabellones y puntos de descanso, chozas y asientos protegidos por cortavientos caprichosos, y ya muy lejos veíase el arranque del monte tallar, que luego se convertía en los extensísimos bosques, magnífico cazadero con que terminaba la posesión. Dentro de esta piececita de la torre había pocos muebles. Una mesa de escribir, y, sobre ella, el retrato de un hombre joven y guapo; libros, caballete y enseres de pintura. En el cuarto anterior, aunque decorado con gusto, no se veía nada superfluo ni cosa que no tuviese su razón de ser para las necesidades de su habitadora. Elegantes cortinajes de cretona de Alsacia, de tintes finos y complicados ramajes, caían delante de la ventana y disimulaban el lecho, siendo igual el vestido de las paredes. Los muebles eran sencillos y severos, no había cuadros ni flores ni chucherías, y notábase de una ma-

nera chocante en aquel cuarto de mujer, el trofeo de carabinas y chismes de caza, y el anhelante, viejo y asqueroso perro, que ocupando cómodo cojín y sitio preferente, llenaba el cuarto de olor repugnante y le daba aspecto repulsivo.

La persona que ocupaba en aquella casa el departamento que acabamos de dar á conocer, y que se había formado en él instalación completamente apropiada á sus gustos é inclinaciones, tenía vara alzada, y era, después del señor y la señora, la que allí gozaba de más consideración.

Huérfana de padre desde muy chiquita, había perdido á su madre siendo ya capaz de sentir lo que significaba tal pérdida, aumentada por la circunstancia de haber quedado en poder y bajo la tutela de un padrastro, con quien no congeniaba y que no la trató bien. Así pasaron los años de transición entre niña y mujer, y entonces tomó su carácter, ya naturalmente duro, el sello particular de esquividad y de inflexibilidad que la distinguía. Tratóse de casarla antes de la edad que generalmente se considera reglamentaria en Francia, donde, sin embargo, á la mujer la casan joven, y la boda fué propuesta por M. de Beaufort, siendo el elegido un sobrino predilecto que vivía en su casa, y á quien dejarían por heredero de su gran fortuna. Los dos primos se aceptaron, y Rosa, poco acomodatícia de suyo, se mostró tan expansiva y tan feliz, que no parecía la misma persona. En estas circunstancias, y pocos días después de la boda, atacó al novio una aguda enfermedad, la cual, alimentada por la misma robustez de la víctima, dió con ella en la sepultura, y con la dicha de todas aquellas personas en la más honda sima de dolor. Inútil es pintar la desesperación de Rosa; baste decir, que el cuidado de salvarla á ella, que se negó por muchos días á tomar alimento, distrajo á sus tíos de la enorme pena que les afligía. Por fin, y merced á una persuasión asidua y á un desvelo constante, pudo el tío ganar influencia en el ánimo de la joven y un puesto en su corazón, y de aquel sentimiento y de aquella influencia, provinieron las modificaciones siguientes: Que Rosa no volvió á casa de su padrastro; que se quedó en la de sus tíos instalada bajo el pie en que la estamos viendo; que se hizo la asidua compañera de M. de Beaufort, y que en la con-

ciencia de todos estaba que sería un día dueña y señora del hermoso dominio de Villepaix.

Todos estos acontecimientos, las contrariedades y hasta las perspectivas de grandeza, justifican el giro anormal y extravagante que tomó el modo ser de aquella joven. Cinco años habían pasado desde la muerte de Fernando de Beaufort, y ni Rosa había querido oír hablar de un nuevo proyecto de enlace ni prescindir de su luto. A duras penas consiguieron lo que desterrase la toca de viuda, adoptada desde la fecha de su desgracia, y todas sus acciones, y el sistemático alejamiento de cualquiera distracción adecuada para excitar deseos de placer, respondían al deliberado propósito, que no ocultaba á nadie de conservarse *fiel á su primer recuerdo*. Todo el mundo en la casa respetaba sus gustos. El viejo perro de caza que había sido de Fernando era una especie de ídolo para ella, por más que el animal desde la muerte de su amo se hubiese hecho hurraño é ingrato hasta para los cuidados que de las finas y aristocráticas manos de Rosa recibía. Montar á caballo desde el amanecer, cazar todos los días, imponerse obligaciones difíciles de cumplir y hasta repulsivas, y negarse todo muelle descanso, era el sistema de vida que seguía nuestra heroína perfectamente protegida y secundada por M. de Beaufort, que siendo de suyo más que razonablemente original y estrafalario, se encontraba muy satisfecho de su compañera de gustos y fatigas. Así, los dos hacían vida aparte sin mezclarse para nada en las fiestas que muy á menudo daba madame de Beaufort, ni aparecer nunca en sus reuniones semanales. El ama de la casa, sin embargo, no se alejaba de ellos sistemáticamente; hacía vida apropiada á sus gustos, y no pretendía que los demás dejaran de cumplir los suyos, cosa que, por otra parte, no hubiera sido fácil. Fuera de esto, y en el terreno de la vida íntima, todos se encontraban y todos se querían bien, porque apreciaba cada uno en los demás un fondo de sinceridad que todos tenían. Mad. de Beaufort, aunque en el sentido de lo práctico su sobrina no le sirviese para nada útil, no dejaba de venir á consultarla ó á consultarse con ella cada vez que tenía alguna contrariedad. Así, aquella mañana, poco después de ponerse Rosa á leer en la mesita, debajo del retrato

de su marido, tuvo que levantarse para abrir la puerta que sacudía ruidosamente su tía.

—¡Hija, qué olor á perro tienes en tu cuarto; esto es insoportable!

Al sentir á su tía, tomó Rosa una ligera toquilla y se la puso disimuladamente cubriendo el brazo vendado.

—¿Qué ocurre de nuevo?—preguntó al mismo tiempo con la mayor tranquilidad.

—¿Qué ocurre? ¡estoy furiosa, no vuelvo á organizar nada. Figúrate que la Princesa no viene, los Condes de Clayes tampoco; eso sin contar con los que faltarán á última hora! ¡Valga la pena estar haciendo preparativos con ocho días de anticipación! Estas cosas ó se aceptan ó se rehusan desde el primer momento. Es una falta de consideración. A mí, en mi vida me ha sucedido dejar de cumplir el compromiso de una invitación. Muchas veces he ido enferma y rabiando, pero he ido, porque la sociedad tiene sus obligaciones y hay que saberlas guardar.

—Y ahora ¿qué vas hacer, tía?

—¿Qué voy hacer? Por de pronto, desahogarme echando pestes contra los malcriados. ¡La pobre Catalina que está trabajando y discurriendo primores, sin dormir hace dos noches; Mlle. Serval que no se ha acostado más que dos horas, y todas esas pobres muchachas lo mismo! Si no fuera porque es la primera vez que vienen los vecinos de Soissey, daba orden de suspender todo y no hacer más aparato que para la comida de todos los días.

—¿Y con seguridad tendra V. á la *lionne*?

—Con su joven Notario, el más complaciente de los maridos; que no había nunca ni se opone á nada; es menester que los veas.

—Lo que es hoy no me parece fácil.

—¿Por qué no bajas á almorzar? Eso no te compromete á nada. He hecho que dispongan en el comedor mesas pequeñas para dejar libre la grande, y estaremos como en un restaurant; irán almorzando los que lleguen; tú puedes buscarte el compañero que gustes. Tenemos unos jamones de York; unas cabezas de jabalí maravillosas.

—No, no bajo; pero ya nos dejarán VV. la prueba. ¿Qué hace Cecilia?

—¡Ah! No me hables de Cecilia. ¿Piensas que la he visto? En su cuarto estará tal vez durmiendo la primera siesta: es una criatura imposible: un pedazo de carne que no siente ni sufre; parece mentira que tenga en las venas sangre vuestra! No, lo que es mi situación es bonita; hay en casa dos mujeres jóvenes, y para recibir gente y hacer un poco de animación y movimiento, me veo en la necesidad de acudir á una vieja; porque, si no fuese por mi tía, no tendría quien me ayudase á recibir.

—¿Vendrá pronto Mad. de Lagarde?

—No tardará muchos minutos; el tren de las diez debe estar á llegar.

—¿Qué mejor auxiliar quiere V.? Las dos tienen VV. más arte para recibir, que pueden tener todas las jóvenes.

—No importa, la juventud es un elemento muy necesario.

—Mad. de Lagarde lo sabe buscar siempre; no tenga usted cuidado, incluso intrigas, donde ella esté, no faltarán elementos de sociedad.

En este momento entraron á decir, que M. Julio esperaba á la señora.

—Es extraordinario este muchacho; parece que va y vuelve por los aires. Ven conmigo, Rosa, te enterarás de todos mis preparativos.

Bajaron; en el vestíbulo se reunieron á M. Julio, que estaba entregando varios paquetes á Mlle. Serval.

M. Julio tenía la apariencia de un coloso, la ligereza de un gimnasta y la fisonomía de un *bon enfant*. Al momento saludó á Rosa con muy marcado apresuramiento, y se fijó en su brazo vendado.

—¿Qué tiene V. ahí, Rosa?

—Nada,—contestó contrariada ésta.

—Pues es verdad, no lo había reparado—dijo su tía mostrando extrañeza.—¿Estás herida?

—No es nada; un movimiento demasiado brusco de Athos.

—¡Es posible! ¿te ha mordido? Hija tú tienes la culpa, por-

que francamente, es el gusto más detestable posible, tener semejante compañero de cuarto.

—Pero, ¿le ha hecho á V. mucho daño?—insistió con interés M. Julio.

—No es nada; no hay que ocuparse de eso.

—Si no es nada, tentado estoy de alegrarme—prosiguió el caballero.—Después de todo, el perro hace con V. lo que V. hace con los que la quieren, devolver mal por bien, y con eso ya conoce V. á lo que sabe la ingratitud.

—Pues ya ve V. que lo tomo con mucha tranquilidad sin visos de ofenderme: el que se crea en igual caso, que imite mi ejemplo.

Un coche que atravesaba la verja en aquel momento, se paró al cabo de un minuto delante de la escalinata.

Mad. de Beaufort y sus acompañantes salieron á recibir á Mad. de Lagarde, pues sólo á ella esperaban en aquella hora.

—Aquí me tienes, Amelia: me consagro á tí, y estoy dispuesta á cumplir órdenes y mandatos.—Esto decía la señora abrazando á su sobrina, después de haber devuelto con efusión los besos que le había dado en las dos mejillas su nieto, como ella llamaba por cariño, á M. Julio.

—Buenos días *mignonne*—dijo volviéndose á Rosa.—¿Cómo va esa querida salud?

—Bien, gracias—respondió secamente la favorecida con tan amable saludo; y sin parecer por ello ofendida, inició la recién llegada un animadísimo coloquio con su sobrina, que la confiaba en aquel mismo instante, sin dejarle más descanso, el programa de su recepción con las variantes á que obligaban las modificaciones que en el personal esperado iban sobreviniendo.

Era Mad. de Lagarde una persona de mucha edad, pero muy bien conservada: de corta estatura, gruesa, sin ser voluminosa. Tenía toda su dentadura, facciones que habían sido finas, el color más que medianamente subido, ojos pequeños, y algo amortecidos, y haciendo marco á este rostro una hilera de bucles blancos á cada lado de las sienas en primer término, y una capota de encage negro con flores amarillas detrás. Era su traje de raso, también negro, y si no estaba en toda la bri-



llantez del uso, mostrábase en cambio en muy buen estado de conservación y nada escaso de adornos. Una rotonda de paño cubría casi toda la *toilette*, no tan por completo que dejasen de notarse muchos detalles primorosos por los cuales se comprendía la importancia que daba la señora á que todo estuviese perfilado, rematado y perfecto.

—Bueno: lo primero que vamos á hacer—decía después de haber, oído la relación de su sobrina,—lo primero que vamos á hacer, es examinar la casa: hacer nuestra visita general de inspección, para no tener que temer después sorpresas desagradables.

El *Chateau* de Villepaix tenía su historia antigua; había pertenecido á Diana de Poitiers, pero de aquellas tradiciones sólo se sabía por los pergaminos y por tal cual detalle de ornamentación que se conservaba religiosamente en el interior; el edificio, levantado sobre los antiguos sótanos y cuevas, era todo nuevo y se componía de una sola ala; un paralelogramo extenso, con un piso bajo donde estaban las habitaciones de recibir y de reunirse la familia; el piso principal, todo compuesto de habitaciones particulares, y el segundo que no era sino una *mansarde* para alojamiento del servicio. A los dos extremos, dos torrecillas en forma de cubo, terminadas por agudísimos techos de pizarra, y en el centro, correspondiendo con la escalinata de entrada, la torre del reloj, protegida también por su correspondiente caperuza negra, eran los únicos puntos salientes de la sencilla y elegante vivienda que destacaba perfectamente en la enarenada esplanación salpicada de grandes muy espaciados macizos de flores dentro del extenso parque, al cual hemos podido dirigir una mirada desde el pabellón de Rosa.

En el interior la casa presentaba dos aspectos: uno aparatoso y opulento, como conviene á personas que quieren mostrar lo que son y lo que pueden á las gentes que reciben, y otro de sencillez: el interior de una familia donde reina el bienestar y el orden.

Esta división quedaba perfectamente establecida en el vestíbulo, donde la ancha escalera que conducía al piso principal estaba velada á los que sólo circulaban en el piso bajo por

cierres de cristales de colores. Este vestíbulo, donde ya principiaban á verse en trofeos, estatuas y lámparas los primores que encerraba aquella morada, daba acceso por la derecha á un salón ricamente decorado y con perfecta unidad artística: lo mismo los muebles blanco y oro, que los dibujos de brocado de seda rosa y blanco vistiendo paredes y ventanas, como los relojes y candelabros, alfombras y bergères, todo era del género de Luis XV. Seguía á esta sala otra mas pequeña de distinto gusto é igualmente perfecta unidad. Altos sitiales góticos de madera oscura; monumental chimenea de lo mismo, tallada á grandes trazos con figuras extrañas; y en el piso, en las paredes, en los muebles, tapicerías antiguas, auténticas, de colores oscuros y confusos, dibujos complicados y raros de extremada elegancia. Esta habitación comunicaba con la capilla, y en el ángulo opuesto á esta comunicación había una puerta disimulada á la escalera de caracol, que por la torrecilla de aquel lado de la casa comunicaba con los pisos superiores.

La otra media casa que dividía el vestíbulo, sin dejar de ser rica, tenía carácter más campestre. Una sala de billar espaciosa, cómoda, formada toda, paredes y techo, por cuadros al óleo y marcos, biguetas y artesonados de viejo cedro; muchos divanes de cuero, cómodas, butacas y amigable chimenea: por sus condiciones de *comfort*, era la más favorecida y acompañada. El comedor, de mayores dimensiones que ninguna de las descritas, era verdaderamente una pieza señorial; en la grandiosa chimenea, cuya amplía campana partía desde el techo, destacábase un busto en porcelana de Diana de Poitiers, que era una maravilla de efecto y colores; llenas estaban las paredes de aparadores con estanterías al aire ó cerradas de cristales; en las primeras se ostentaban ricas y artísticas piezas de argentería; en las segundas se encerraban primores de porcelana y cristal tan bellos y ricos como puede soñar el deseo.

EULALIA DE LIANS.

(Continuará.)

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XIII—TOMO LXXVIII

OCTUBRE — NOVIEMBRE — DICIEMBRE 1887



DIRECCION Y ADMINISTRACION

PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

MÉJICO  
*J. F. Pares y Comp.<sup>a</sup>*  
VENEZUELA  
*E. Fombona*

BUENOS AIRES  
*Manuel Reñe*  
BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

CUBA  
*D. Miguel Alorda*  
O'reilly, 96  
Habana.

DERECHOS RESERVADOS